

LA HISTORIA QUE NO COMPRENDÍA

Viveca Tallgren*

Nuevamente empecé con la historia. La leí palabra por palabra, pero no entendí ni pizca. Fui a hablar con mamá. Estaba sentada en su escritorio con sus papeles. Le quedaban bien las gafas porque cuando las tenía puestas no se le notaban tanto las bolsas bajo los ojos.

- No entiendo la historia que tenemos para mañana.

Contrajo la frente.

- Trata de leerla una vez más. Haz un esfuerzo y ya verás que lo entenderás... eres como tu padre que siempre se desmoralizaba cuando las cosas le resultaban un poco difíciles. Su voz se puso un poco ronca.

- Cuando hayas terminado tus deberes, podemos tomar un te juntas antes de acostarnos...

Estaba mordiéndome las uñas mientras leía y una empezó a sangrar. Cerré el libro y lo metí en mi bolso. Saqué un crucigrama y después de terminarlo fui a la habitación de mamá y le dije que había hecho mis deberes.

- ¿Entendiste la historia al fin? me preguntó sin levantar la cara de los papeles.
- Sí.
- Ya ves, vale la pena hacer un esfuerzo... pero ahora tengo que terminar este trabajo, sólo tarda unos diez minutos más.

Fui a mi habitación y miraba por la ventana. Estaba oscureciendo fuera. Una mujer paseaba con su perro por la calle. El perro levantó una pierna para mear en una farola. Siempre había deseado tener un perro. Un pequeño terrier gris con orejas erizadas y flequillo. Mamá decía que uno se hacía tan dependiente de los perros y que era una pena dejarlos solos todo el día en un piso. Miré el reloj. Pasaron casi diez minutos. Entré en su habitación y le dije que ya habían pasado los diez minutos. Se quitó las gafas y puso los papeles en una de las pilas en su escritorio.

- ¿Por qué no vas al quiosco a comprar unas chucherías para ti? dijo, y sacó unas monedas de su cartera.

* Correo electrónico: vivecatallgren@gmail.com

- ¿No quieres que te compre algo para ti también?
- No, tengo que guardar mi régimen.

Fui al quiosco y me compré una tableta de chocolate y unos bombones. Cuando volví, todavía estaba sentada al escritorio. Se levantó rápidamente y fue a la cocina para preparar el te. Después entró en la sala con una bandeja con dos tazas y la tetera. Ella se sentó en el sillón verde y yo estaba en el sofá, frente a ella, masticando los bombones. El chocolate ya lo había comido en el camino.

- ¿Qué tal el colegio? me preguntó con una sonrisa un poco nerviosa.
- Bien.
- Voy a mirar el periódico, a ver si hay algo interesante en la tele. Mientras estaba hojeando el periódico resoplaba de vez en cuando.
- ¡Hay una función de circo dentro de cinco minutos! dijo con animación.

Encendió la tele sin mirarme y resopló otra vez.

- Viene dentro de un momento, dijo llenando las tazas de te.

No tenía ganas de ver la función de circo, pero no dije nada. Ella mi miraba.

- ¿No vas a tomar te?
- Sí, pero espero un poco hasta que se enfríe.

Encendió un cigarrillo y miraba la pantalla mientras aspiraba el humo.

- ¡Ahora empieza! dijo y sopló otra nube de humo con una sonrisa.
- ¡Mira los caballos! ¡Qué bonitos son!... ¡Y ahí vienen los payasos! dijo casi gritando.

Después hubo un número de trapecio. No había red debajo de los artistas que sonreían en sus trajes de malla, arriba debajo del techo a una altura de unos diez metros. Mamá miraba la pantalla totalmente inmóvil soplando una nube de humo tras otra. Estaba hablando continuamente. Recordó una función de circo a la que asistió con su abuela cuando era niña y estaba comparando a los artistas de esta función con los de su infancia.

- Eran fantásticos, ¿no te parece? dijo aliviada cuando los artistas volvieron al suelo para hacer reverencia ante el público.
- Sí.

Cuando había terminado la función me dijo que ya era tiempo para prepararse para ir a la cama. Yo fui a cepillarme los dientes, mientras ella estaba haciendo su bolso para el día siguiente.

Cuando yo había terminado, ella entró en el cuarto de baño. A través de la hendidura de la puerta vi cómo enjuagaba sus ojos en un pequeño vasito que apretaba primero contra un ojo guiñando varias veces, y después contra el otro. Poco después se puso crema en la cara y la quitó con una servilleta, y se echó otra en torno de los ojos y otra en la frente. Luego metió rulos en el pelo, cepilló los dientes y hacía gárgaras varias veces. Al final hizo unas muecas rarísimas abriendo y cerrando la boca con diferentes tipos de movimientos.

Entró en mi habitación en su batín azul claro para darme un beso, y después salió a hurtadillas cerrando con cuidado la puerta. Oía sus pasos en el suelo y de repente todo quedó en un silencio total.

Por la noche desperté. Oí un crujido en el suelo, como si alguien estuviera andando a hurtadillas en el piso.

- ¡Dios, ayúdame! susurré en la oscuridad, pero no me atreví a entrar para ver quién era. Pero tuve que averiguar si era mamá o algún intruso.

Contuve la respiración, abrí la puerta sin ruido y entré en el salón a hurtadillas. Palpé con los dedos buscando el botón en la oscuridad y encendí la luz rápidamente. Quizás se había ocultado alguien debajo del sofá o detrás de las cortinas... No vi ningún pie. Examiné el cuarto de baño, la cocina... y al fin el armario. Encendí todas las luces y abrí rápidamente la puerta, di unos golpes sobre la ropa con un paraguas para estar segura de que nadie se ocultaba ahí.

Ahora sólo quedaba la habitación de mamá. Quizás yaciera ahí en el suelo atravesada por un cuchillo... todo parecía tan silencioso ahí dentro. Quizás estuviera ahí el intruso con su cuchillo lleno de sangre en la mano para después perforarme a mí... Trataba de imaginarme como sería ser perforado por un cuchillo, pero no me atreví ni a pensarlo. ¿Debía llevarme yo también el cuchillo para cortar el pan?... Pero tampoco sabía con seguridad si él estuviera ahí dentro... y si mamá sólo estuviera durmiendo en su cama, ¿qué iba a creer, si yo entrara en plena noche en su habitación con un cuchillo en la mano?

Abrí rápidamente la puerta y entré. Mamá se levantó bruscamente en la cama y me miró muy asustada... como si hubiera tenido el cuchillo en la mano. Su cara estaba

brillando en la oscuridad y la redecilla había caído sobre su frente. Parecía un monstruo.

- No podía dormir... tenía pesadillas.
- ¡Pero ya te he dicho varias veces que no debes ver todas estas películas de miedo!
- No he visto ninguna peli, sólo tenía pesadillas y tengo miedo.
- Pues, ponte aquí a mi lado, me dijo con un suspiro.

Me acosté a su lado. Me dijo que como tenía que levantarse temprano para ir al trabajo, ahora necesitaba dormir, y que iba a dar una conferencia y tenía que estar descansada. Se volvió de espaldas hacia mí y yo sentía el calor de su cuerpo y también el olor de alguna crema que olía a flores. Su respiración se calmó poco a poco.

De repente, cuando ella ya se había dormido, me pareció oír pasos otra vez en alguna parte. Mi corazón empezó a latir. Si el intruso tuviera un cuchillo nos podría matar a las dos. Nunca antes había pensado en la muerte ni en la posibilidad de que mamá pudiera morir. No, eso no era posible.

Cuando me desperté por la mañana, mamá ya se había ido al trabajo. Sus papeles estaban ordenados en pilas en el escritorio. Hacía sol afuera y ya se me había olvidado todo lo de la historia que no comprendía.